

La presencia femenina en los círculos intelectuales cristianos

Clelia Martínez Maza
Universidad de Málaga

Uno de los rasgos que comparten estas sabias cristianas, al margen de esa intensa actividad intelectual, es la práctica del ascetismo, una forma de vida definida, sobre todo, por la abstinencia sexual, bien bajo la forma de virginidad o de castidad entre las viudas frente al tradicional papel de esposa y madre imperante en la sociedad pagana.

Ahora bien, este rechazo a los roles asignados tradicionalmente a la mujer que la vinculan a la reproducción, no suponen en absoluto la liberación de estas mujeres y no podemos ver a estas ascetas como intelectuales independientes, dotadas de influencia en el seno de la Iglesia. La asceta vivía su elección en el seno de la *domus* familiar bajo el control de padres o esposos y, en el caso de aquellas que compartían vida con otras mujeres retiradas en monasterios (la opción más frecuente en Oriente), siempre asumieron la autoridad del varón impuesto por las estructuras eclesiásticas, por ejemplo, un obispo como Ambrosio que supo articular su relación con las vírgenes de su episcopado adaptando en su provecho el concepto tradicional de *pater familias*. Ejemplos de esta relación intelectual entre el maestro cristiano y la patricia consagrada al ascetismo lo encontramos entre Rufino de Aquileya y Avita o Melania la Anciana, entre Pelagio y Demetria o el propio Agustín con algunas mujeres como Melania la Joven, aunque, sin duda, la relación que podemos reconstruir de manera más detallada fue la que existió entre Jerónimo y las mujeres romanas pertenecientes al llamado círculo del Aventino.

De todos modos, junto a esta actividad intelectual, la asceta no abandonaba labores tradicionalmente femeninas como el hilado de la lana o el trabajo manual, aunque su prioridad máxima era la *lectio* divina, es decir la lectura divina. La devota en este caso, leía las escrituras en la profunda convicción de que Dios quería instruir la a través del texto sagrado. Se trataba de una lectura profunda que en realidad era una oración que implicaba cuatro pasos: la lectura del pasaje (*lectio*), la reflexión sobre el mismo (*meditatio*), la oración (*oratio*), el tercero es la contemplación estética (contemplatio) que incluía la comprensión de lo que es hermoso (*consolatio*), bueno (*discretio*) y justo (*deliberatio*). Por último, el cuarto paso de la *lectio divina* era la acción (*actio*), es decir la puesta en práctica de lo que la devota había aprendido tras la lectura. Podemos deducir por lo tanto la elevada formación intelectual que exigía un estudio directo de las sagradas escrituras de esta naturaleza.

La trascendencia de la Escritura está presente en la mayor parte de los escritos dirigidos a los varones que aspiran a la vida ascética y, sin embargo, esta importancia queda sensiblemente reducida cuando se refiere al estudio de la Biblia por parte de las mujeres ascetas, excepción hecha de escritores cristianos como Jerónimo para el que la formación bíblica era necesaria no sólo para los varones sino que formaba parte de la educación cristiana integral. Y es que la Biblia era para Jerónimo, como para la mayoría de los autores cristianos, el primer libro de lectura y ocupaba el lugar de la antigua instrucción pagana. La Escritura contenía todo lo necesario para vivir, más aún si cabe para aquellas personas que aspiraban a la “vida perfecta” del asceta.

Ascetas fueron cristianas como Marcela, Paula, Eustoquia, Melania la Mayor que no solo mostraron su competencia en la *lectio* divina sino que dedicaron además la mayor parte de su tiempo al estudio de las escrituras, su exégesis y traducción además de las actividades habituales entre las patricias cristianas como el mecenazgo, las actividades caritativas, o las peregrinaciones a Tierra Santa.

El primer acercamiento “pedagógico” a las Escrituras tenía que iniciarse en torno a los siete años, edad adecuada “para entender la majestad del Evangelio”. Se trata de una *lectio* divina que debía realizarse en dos pasos: uno primero, dedicado a la

memorización y comprensión de los propios textos, y otro posterior, que consistía en el estudio en profundidad y la interiorización del propio texto.

En efecto, se trata de mujeres que se comprometieron en ese proyecto de vida ascética y en la tarea intelectual que formaba parte de esta “vida perfecta” de manera activa a varios niveles. Por un lado, como protectoras y benefactoras del trabajo de Jerónimo, posibilitando su producción literaria y, por otro, como profundas conocedoras de la Biblia y colaboradoras en esta tarea intelectual.

La vinculación que existía entre estas patricias y los intelectuales cristianos del momento puede definirse como una relación de patronazgo. En particular, destacan en ese patrocinio las mujeres que se reunían en el Aventino en torno a Jerónimo y entre las que destacan las ya mencionadas: Marcela, Paula y su hija Eustoquia. Ellas ejercieron como protectoras y benefactoras de Jerónimo sufragando los costes de su alimentación y estancia, así como los gastos relacionados con su trabajo como los carísimos manuscritos y pergaminos de los que pudo disponer Jerónimo o los copistas que empleaba, además de estar siempre a su lado y ser sus inseparables compañeras.

Los grandes conocimientos bíblicos que poseían estas mujeres permitieron además su participación en dos niveles estrechamente interrelacionados: el primero consiste en el trabajo relacionado con la copia y transcripción de los manuscritos.

Esta tarea era posible por su profundo conocimiento del latín, manejan con gran habilidad y soltura el griego, a veces mejor que el latín, en un período en que el griego va siendo progresivamente olvidado en Occidente, e incluso, gracias en gran medida a Jerónimo, se adentran en el conocimiento del hebreo.

No cabe duda de que su preparación les permite tener un acceso privilegiado a la Escritura, tanto en las versiones griegas como el original hebreo del Antiguo Testamento y ser consideradas como unas grandes conocedoras de la Biblia.

Junto a la copia y transcripción de los manuscritos, las ascetas cristianas participaron en una actividad más compleja y de mayor responsabilidad si cabe y fue la revisión de las obras jeronimianas, con la corrección, propuesta de nuevas ideas y su asimilación por parte de nuestro santo.

El principal problema para conocer el verdadero alcance de esta labor intelectual femenina, radica en la escasa documentación disponible. Entre las posibles causas que se han esgrimido para explicar la ausencia de textos escritos por cristianas, se ha sugerido que, dentro de la elite, el único grupo social con capacidad económica para adquirir una formación cultural elevada, las mujeres no mostraron una particular inclinación por la creación literaria.

Ese silencio pudo ser elegido inconscientemente, pues estas mujeres educadas y cultas asumían como naturales los tradicionales sistemas de poder masculinos, pero también pudo responder a una elección consciente y deliberada, comprensible si recordamos que existía una oposición abierta a que las mujeres tuvieran una presencia activa en los ambientes intelectuales cristianos y cabe recordar en este sentido las recomendaciones enviadas por San Pablo que frecuentemente se esgrimieron entonces para legitimar que las devotas no ejercieran liderazgo alguno en sus comunidades y que quedaran supeditadas a la autoridad masculina: la primera carta a Timoteo 2, 12: “Que la mujer aprenda calladamente, con toda obediencia. Yo no permito que la mujer enseñe ni que ejerza autoridad sobre el hombre, sino que permanezca callada. Porque Adán fue creado primero, después Eva”. Vemos esta recomendación repetida en la primera carta a los corintios 14.33: “Las mujeres guarden silencio en las iglesias, porque no les es permitido hablar, antes bien, que se sujeten como dice también la ley. Y si quieren aprender algo, que pregunten a sus propios maridos en casa; porque no es correcto que la mujer hable en la iglesia”.

Se puede entender así la práctica ausencia de textos escritos por mujeres y por este motivo los especialistas que buscan recuperar la voz de esas intelectuales cristianas se ven obligados a acudir a las noticias recogidas por y para las estructuras de poder patriarcal. En consecuencia, el mayor volumen documental para identificar y estudiar a las cristianas sabias tiene, por lo tanto, una autoría esencialmente masculina.

Las oraciones fúnebres en el que se ensalzan las virtudes y méritos de las cristianas fallecidas (la *laudatio* de Jerónimo a Paula escrita bajo forma epistolar), las homilias de padres de la iglesia como Juan Crisóstomo y San Agustín incluyen constantes referencias a la vida y prácticas femeninas y la correspondencia de autores como Jerónimo o el propio Juan Crisóstomo en los siglos IV-V también nos permite acercarnos a la faceta intelectual de discípulas y patronas con las que mantienen relaciones epistolares. Otra fuente documental particularmente interesante es el género biográfico en el que, si bien predominan de nuevo los protagonistas masculinos, podemos encontrar un número significativo de mujeres entre las que destacan en los siglos IV y V la vida de Macrina (obra de su hermano Gregorio de Nisa), Olimpia (anónimo), Melania la mayor, obra de Gerontio.

La activa participación de estas mujeres en la vida religiosa contemporánea ha sido igualmente destacada aunque no ocuparon puestos de responsabilidad eclesiástica ni dejaron huella tangible. Su influencia, aunque fuera indirecta, se puede deducir de la intensidad de los debates teológicos del momento en los que se esgrimía como arma fundamental precisamente el dominio de los textos sagrados y es aquí donde las mujeres destacaron de modo particular.

Ahora bien, la intervención de la mujer en estos debates sólo se producía dentro de los límites impuestos por las estructuras de poder patriarcales: la mujer quedó relegada a la voluntad del varón y así lo reflejan las propias fuentes cristianas: según relata san Jerónimo, si a Marcela, gran conocedora de los textos bíblicos se le consultaban dudas sobre exégesis, contestaba inclinándose siempre por las propuestas de su maestro Jerónimo, de modo que no pareciese ella la autora de la solución.

Podemos, por lo tanto, comprobar el silencio impuesto a esas primeras cristianas o autoimpuesto por ellas mismas, lo que muestra que su saber debió de ser considerado tan potencialmente peligroso como para redirigirlo a la autoridad masculina. Ya Homero en la Odisea hace que Telémaco responda a su madre Penélope: "La palabra es asunto de hombres". Así que dotar a las devotas de la capacidad de transmitir ideas y discursos resultado de su propia interpretación de las escrituras resultaba un peligro evidente para la autoridad eclesiástica. De hecho, la memoria de María Magdalena fue silenciada negándole la autoridad apostólica que sí se admitía y se admite para el resto de los apóstoles. Y podemos comprobar que esa subordinación de las primeras traductoras e intérpretes de las sagradas escrituras a la autoridad masculina quedó perpetuada y tuvo como resultado el papel secundario que la jerarquía eclesiástica otorgaba y otorga aún a las mujeres devotas.

